

Idealismo y materia fónica. Amado Alonso ante los aportes de Ferdinand de Saussure

Emiliano Battista¹

Universidad de Buenos Aires, CONICET, Buenos Aires, Argentina

Resumen: Amado Alonso (1896-1952) fue un filólogo español – director del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires entre 1927 y 1946 – de cuya labor de traducción resultó la primera publicación en español del *Curso de lingüística general* (Saussure, 1945 [1916]). En el presente trabajo analizamos el modo en que Alonso interpretó la figura de Saussure y algunas ideas fundamentales de su obra póstuma; buscamos hacer particular hincapié sobre sus reflexiones en torno a las nociones de fonética y fonología, dos disciplinas de incipiente desarrollo que guardaban estrechos lazos con los avances científicos de los que fue contemporáneo. Para ello, seleccionamos una serie de contribuciones en las que este filólogo (desde una perspectiva idealista) definió las mencionadas disciplinas, capitalizando los conceptos de valor y de sistema y poniéndolos a formar parte de su interpretación espiritualista del lenguaje. Según observamos, el estudio de la materia fónica era, en el enfoque de Alonso, una herramienta metodológica al servicio de los intereses de la geografía lingüística y la dialectología.

Palabras clave: Alonso; Saussure; Fonología; Dialectología.

Title: Idealism and Phonic Substance. Amado Alonso in Front of Ferdinand de Saussure's Contribution

Abstract: Amado Alonso (1896-1952) was a Spanish philologist – Director of the Institute of Philology of the University of Buenos Aires between 1927 and 1946 – whose translation work resulted in the first publication in Spanish of the *Course of General Linguistics* (Saussure, 1945 [1916]). In this article we analyze the way in which Alonso interpreted the figure of Saussure and some fundamental ideas of his posthumous work; we seek to focus on his reflections on the notions of phonetics and phonology, two disciplines of incipient development that kept close ties with the scientific advances of he was contemporary. Specifically, we selected a series of contributions in which this philologist (from an idealistic perspective) defined the aforementioned disciplines, capitalizing on the concept of value and system and making them part of his spiritualist interpretation of language. According to our observations, the study of phonic substance was, in Alonso's approach, a methodological resource at the service of the interests of linguistic geography and dialectology.

Keywords: Alonso; Saussure; Phonology; Dialectology.

Título: Idealismo e matéria fônica. Amado Alonso diante das contribuições de Ferdinand de Saussure

Resumo: Amado Alonso (1896-1952) foi um filólogo espanhol – diretor do Instituto de Filologia da Universidade de Buenos Aires entre 1927 e 1946 –, tradutor e responsável pela publicação em espanhol do *Curso de lingüística geral* (Saussure, 1945 [1916]). Neste artigo, analisamos a maneira como Alonso interpretou a figura de Saussure e algumas ideias fundamentais de

¹ Doctor en Letras (Lingüística) por la Universidad de Buenos Aires (Argentina). Investigador Adjunto del CONICET y Jefe de Trabajos Prácticos de Lingüística en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-1805-1730>. E-mail: ironlingua@hotmail.com.

sua obra póstuma; procuramos dar ênfase especial às suas reflexões sobre as noções de fonética e de fonologia, duas disciplinas que estavam intimamente ligadas aos avanços científicos dos quais Alonso foi contemporâneo. Para isso, selecionamos uma série de contribuições nas quais esse filólogo definiu (a partir de uma perspectiva idealista) as disciplinas mencionadas, capitalizando os conceitos de valor e de sistema e tornando-os parte de sua interpretação espiritualista da linguagem. Conforme observamos, o estudo da matéria fônica era, na abordagem de Alonso, uma ferramenta metodológica a serviço dos interesses da geografia linguística e da dialetologia.

Palavras-chave: Alonso; Saussure; Fonologia; Dialetologia.

Introducción

Hay un interesante debate que, si bien ha tenido lugar en diversas formas desde que existe la reflexión sobre el lenguaje, pasó a ocupar el centro de la escena a comienzos del siglo XX, específicamente a partir de la publicación del *Curso de lingüística general* (1945 [1916]), obra atribuida póstumamente a Ferdinand de Saussure². El debate en cuestión versaba sobre la discusión acerca de la naturaleza de la lingüística y el problema de la delimitación de su objeto de estudio.

La afirmación “lejos de preceder el objeto al punto de vista, se diría que es el punto de vista el que crea el objeto”³ (Saussure, 1945 [1916], p. 49) implicaba asumir que la lingüística era una ciencia cuyo objeto de estudio no estaba dado de antemano, sino que cada teoría lo definía – lo restringía – de acuerdo con un punto de vista particular, que privilegiaba aquello que reconocía como esencial para dar cuenta de su naturaleza. La consecuencia de la aceptación de esta afirmación fue el hecho de que la diversidad de perspectivas teóricas para abordar el lenguaje dejó de ser un fenómeno contingente y pasó a ser un fenómeno constitutivo de la disciplina. El grado de dispersión alcanzado por la ciencia del lenguaje durante el transcurso del siglo XX puede ser interpretado como la confirmación empírica de las asunciones epistemológicas de Saussure, lo cual daría cuenta, a su vez, del acierto de su postulado fundacional y del lugar que los historiadores le reservaron a su obra como bastión simbólico para el inicio del período moderno en el devenir de la reflexión lingüística.

Con cierto acuerdo crítico (Koerner, 1982 [1973]; Joseph, 2012), podemos considerar que “la gran novedad del programa saussureano” (Benveniste, 1999 [1974], p. 51) consistió en reconocer que el lenguaje podía ser abordado de diversos modos y que el establecimiento previo de una perspectiva específica determinaba cuáles aspectos eran privilegiados por cada

² Vale aclarar, una vez más, que la obra fue publicada por dos de sus alumnos y/o discípulos – Charles Bally y Albert Sechehaye – a partir de la elaboración de una serie de apuntes fruto de los cursos que Saussure dictó en Ginebra (Suiza) entre 1907 y 1911 sobre gramática comparada y lingüística general. Ese es el motivo por el que reparamos en referir de esa manera al *Curso*: esto es, la obra “atribuida póstumamente” a Ferdinand de Saussure. Para un estudio del proceso de publicación de este trabajo en el período comprendido entre su muerte, en 1913, y la versión definitiva del texto en 1916, puede consultarse Sofía (2013, 2016a y 2016b) y Fryba y Sofía (2017).

³ De la misma manera, en los *Escritos de lingüística general* (2002), Saussure decía: “Se falta a la verdad si se dice: un hecho de lenguaje exige ser examinado desde varios puntos de vista; incluso si se dice: este hecho del lenguaje será realmente dos cosas diferentes según el punto de vista. Pues se empieza por suponer que el hecho de lenguaje nos es dado fuera del punto de vista. Hay que decir: primordialmente, existen puntos de vista; si no, es sencillamente imposible captar un hecho del lenguaje” (2002, p. 25).

teoría. La “significación histórica” de la obra residió, entonces, en practicar una revisión de orden más bien epistemológico que teórico⁴ (Engler, 2004, p. 47). La delimitación del objeto lengua y el establecimiento de la noción de sistema para dar cuenta de ella constituyeron aportes fundamentales, pero la operación saussureana que conllevó un punto de inflexión en el decurso del pensamiento lingüístico fue la intención de desentrañar una matriz de especificidad en el fenómeno lenguaje y así proyectar la emergencia de una nueva ciencia: la lingüística como una rama de la semiología, “una ciencia que estudie la vida de los signos en el seno de la vida social”⁵ (Saussure, 1945 [1916], p. 43). Por ende, la impronta de Saussure no estaba tanto en el relevo del aspecto sistemático del lenguaje, sino en el reconocimiento de la imposibilidad de abarcar la totalidad, lo cual implicaba un desmoronamiento de las pretensiones decimonónicas de omnisciencia y verdad.

Paralelamente, explicaba Benveniste, era un momento en el que la noción de “relación” sustituía a la “noción positivista de hecho lingüístico”, y así el “atomismo” dejaba paso al “estructuralismo” (1997 [1966], p. 24). Los hechos – los datos objetivamente dados – cedían ante el hallazgo de las relaciones – los datos postulados por la subjetividad del analista –. ¿Por qué? Porque de la mirada del analista – esto es, de la conceptualización del sujeto que produce teoría lingüística – resultaban la delimitación de un objeto (idealizado) y el consecuente distanciamiento de la observación directa⁶. La evidencia empírica devenía materia de análisis solo a la luz de un punto de vista, lo que suponía, en todos los casos, algún tipo de mediación teórica. He aquí, una vez más, el cambio radical de perspectiva consumado por Saussure, ya que, a pesar de haberse formado en un tiempo en el que el método definía la ciencia, consideraba que el objeto recortado por el lingüista (la lengua) debía determinar el método (el análisis sistemático de las relaciones) (Benveniste, 1997 [1966], p. 118). Es justamente en torno a este criterio epistemológico que se sentaron las (nuevas) bases del pensamiento lingüístico del siglo XX, en el que – a diferencia de lo ocurrido durante el siglo XIX (cuando la filología se nutría de la metodología de las ciencias naturales)⁷ (Leroy, 1969 [1963]; Mounin, 1976 [1972]) – la ciencia del lenguaje comenzó a irradiar conocimiento hacia

⁴ En este sentido, Thibault afirmaba: “(Saussure) propone que el objeto de estudio lingüístico sea visto como constituido sobre la base de lo que puede ser técnicamente llamado su objetividad epistemológica más que ontológica [...] El objeto de estudio en lingüística no es el fenómeno inmediatamente dado. Más bien, está construido y constituido en y a través de un enfoque conceptual y epistemológico específico, y un conjunto específico de procedimientos analíticos” (1997, p. 14).

⁵ En los *Escritos*, Saussure era muy claro respecto de su preocupación por el modo de proceder de la lingüística en relación con las demás ciencias; específicamente, decía: “¿La lingüística encuentra ante ella, como objeto primero e inmediato, un objeto dado, un conjunto de cosas que aparecen ante los sentidos, como en el caso de la física, la química, la botánica, la astronomía, etc.? De ningún modo y en ningún momento: se sitúa en el extremo opuesto de las ciencias que pueden partir de los datos de los sentidos” (2002, p. 25).

⁶ Según el lingüista (el sujeto que construye teoría lingüística), el objeto de investigación queda definido y especificado a través de un acto de abstracción teórica (Norris, 2004, p. 228-229).

⁷ La filología de los siglos XVIII y XIX ofreció “un espectáculo bastante clásico en la historia de las ciencias”: una disciplina emergente trata de asimilar los principios y métodos elaborados por disciplinas más avanzadas (Mounin, 1976 [1972], p. 166). Así, la ciencia del lenguaje – “asimilada a las ciencias de la naturaleza” – operó por analogía con las disciplinas en boga y, conforme a la “ilusión romántica” de remontarse a los orígenes de la humanidad, trató su objeto como un “organismo” (Leroy, 1969 [1963], p. 187).

otras disciplinas, puesto que las ciencias sociales tomaron como patrón de desarrollo el método estructural y le dieron otros alcances⁸.

La primera publicación en español del *Curso de lingüística general* (1945 [1916]) resultó de la labor de traducción de Amado Alonso (1896-1952), director del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires entre 1927 y 1946. En el presente trabajo analizamos el modo en que este filólogo español (radicado en la Argentina) interpretó la figura de Saussure y algunas ideas fundamentales de su obra póstuma; buscamos hacer particular hincapié sobre sus reflexiones en torno a las nociones de fonética y fonología, dos disciplinas de incipiente desarrollo que guardaban estrechos lazos con los avances científicos de los que fue contemporáneo. Para ello, según un criterio cronológico y temático, seleccionamos una serie de contribuciones en las que Alonso (desde una perspectiva idealista) definió las mencionadas disciplinas, capitalizando los conceptos de valor y de sistema y poniéndolos a formar parte de su interpretación espiritualista del lenguaje.

El idealismo lingüístico

A comienzos del siglo XX, a la par de la constitución de la disciplina como campo autónomo de conocimiento, surgió el idealismo lingüístico, una perspectiva que enfatizaba el estudio de la dimensión subjetiva (del uso) del lenguaje. Este enfoque convertía en objeto de disputa a otro contra el que reaccionaba fervientemente: el positivismo. Así, señalaba Koerner (1989), los idealistas buscaron distanciarse de un modo de reflexionar sobre el lenguaje anclado en la observación y en los hechos, identificado con los trabajos de August Schleicher y su continuación en la labor de los neogramáticos (Hermann Osthoff, Karl Brugmann y Hermann Paul, entre otros).

Los historiadores de la disciplina (Iordan, 1967; Mounin, 1976 [1972]; Robins, 1992 [1967]) consideraron que ciertos filólogos del siglo XIX – Wilhelm von Humboldt, Hugo Schuchardt y Jules Gilliéron, por ejemplo – actuaron como antecedentes del desarrollo de la perspectiva idealista, que fue presentada con esta denominación en el ámbito de la lingüística recién a partir de dos obras de Karl Vossler: *Positivismo e idealismo en la lingüística* (1904) y *El lenguaje como creación y evolución* (1905). En el primero de estos trabajos, el filólogo alemán hacía referencia no solo al mencionado Humboldt – como aquel que había intentado fundar “la lingüística sobre la base del idealismo crítico” –, sino también, y principalmente, a la *Estética como ciencia de la expresión y lingüística general* (1902) de Benedetto Croce, quien equiparaba a la lingüística con la estilística y a esta última con la estética; y sentenciaba: “la tarea que corresponde a la Lingüística es hacer ver el espíritu como la única causa eficiente de todas las formas del lenguaje”, razón por la que, decía, “la Estética es la reina absoluta de la Filología” (Vossler, 1904, p. 69).

El idealismo lingüístico – que predominó en la reflexión sobre el lenguaje llevada a cabo en Italia y Alemania durante el período de entreguerras – empezó a difundirse en España hacia

⁸ En relación con este punto, Benveniste destacó que la obra de Saussure contribuyó al advenimiento del pensamiento formal en las ciencias de la sociedad y la cultura (1966, p. 46).

1920, motivo por el cual Ramón Menéndez Pidal, en *Orígenes del español* (1926), formuló el concepto de “conformación mental”; sin embargo, explicaba Portolés (1986, p. 56), este concepto solo tenía “cierta semejanza” con la noción de “forma interior del lenguaje” que Vossler había tomado de Humboldt. Quien efectivamente se erigió como “el mejor intérprete del idealismo alemán en el mundo hispánico” fue Amado Alonso (López Sánchez, 2006, p. 349).

Amado Alonso

Amado Alonso nació en Lerín, Navarra (España), en 1896. Cursó el bachillerato en Pamplona entre 1911 y 1914, y sus estudios superiores de filosofía y letras en Madrid entre 1914 y 1918. En 1917, como discípulo de Ramón Menéndez Pidal, se integró al Centro de Estudios Históricos⁹. Entre 1922 y 1924, con una beca de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, se dirigió a la Universidad de Hamburgo (Alemania), donde desempeñó el cargo de lector de español como profesor auxiliar (Anales, 1926-1930, p. 657).

Al momento de su arribo a la Argentina en 1927, Alonso disponía de un perfil académico durísimo, pero no era más que una joven promesa que desde España, por designación específica de Menéndez Pidal¹⁰, llegaba a América buscando un sitio en el mundo en el que afianzarse en el campo de la reflexión filológica. Tras una estancia de aprendizaje en Puerto Rico junto a Tomás Navarro Tomás y Federico Onís, Alonso contaba con un contrato para desempeñarse como director del Instituto de Filología de Buenos Aires solamente por un trienio. Sin embargo, su gestión devino extensa – desde 1927 hasta 1946 – y no se redujo a replicar en la Argentina el proyecto de unidad cultural hispanoamericana impulsado por el Centro de Estudios Históricos de Madrid, sino que estuvo signada por una nutrida actividad intelectual que lo convirtió en agente principal de un proceso de modernización del saber lingüístico en todo el mundo hispánico (Catalán, 1955; Portolés, 1986, 1996; López Sánchez, 2006). Su labor en docencia e investigación significó la incorporación (y el debate en torno) de un conjunto de perspectivas teórico-metodológicas novedosas – principalmente el idealismo y la estilística – y la adopción de la dialectología como marco disciplinario de referencia. Así fue que Alonso, en este período, logró hacer del Instituto de Filología el centro de estudios lingüísticos más activo y mejor dotado de América Latina (Coseriu, 1972 [1953]; Barrenechea, 1995-1996; Guitarte, 1998).

⁹ Este organismo – que funcionó entre 1910 y 1936 – constituyó un espacio de investigación científica que adoptó en principio el positivismo diacrónico como orientación metodológica y luego se abrió hacia perspectivas como la dialectología y la fonética experimental; su iniciativa de mayor relieve fue la *Revista de Filología Española* (Echenique Elizondo, 1996, p. 38).

¹⁰ Ramón Menéndez Pidal oficiaba como director honorario del Instituto de Filología y era el encargado de designar a las autoridades que cumplirían funciones efectivas en ese organismo de la Universidad de Buenos Aires; así lo había hecho desde la fundación del centro de estudios porteño con Américo Castro en 1923, Agustín Millares Carlo en 1924, Manuel de Montoliu en 1925 y, tras el nombramiento interino del antropólogo de origen alemán Roberto Lhemann-Nitsche en 1926, hizo lo propio con Alonso en 1927 (Weber de Kurlat, 1975; Di Tullio, 2007; Toscano y García, 2009, 2013; Ciapuscio, 2016; Romanos, 2013; Martínez Gramougla, 2018; Lida, 2019).

Según veremos a continuación, a partir de su llegada a la Universidad de Buenos Aires Alonso buscó construir y promover aquello que él mismo denominó “Lingüística espiritualista” (Alonso, 1927a): una perspectiva que valoraba el aspecto creativo del lenguaje y renegaba tanto del naturalismo como de las explicaciones mecanicistas de corte neogramático. Por esta razón, su perfilamiento epistemológico constituyó un ejemplo paradigmático del marcado rechazo con el que el idealismo procuró deslegitimar un modo de concebir el lenguaje al que advertía continuador del positivismo decimonónico y que en aquellos años se consolidó bajo el rótulo de “estructuralismo” – en el que fueron identificables al menos tres escuelas: Praga, Copenhague y Yale (Martinet, 1962; Kovacci, 1977 [1967]). En líneas generales, este enfoque surgió emparentado con una corriente de pensamiento que atribuía a Saussure (y no a Humboldt o a Vossler) el origen de su desarrollo.

Hacia una ciencia del espíritu en concordia con la materialidad

“Lingüística espiritualista” (Alonso, 1927a) es un artículo que, en términos historiográficos, resulta fundamental para comprender, de manera programática, la labor científica de Alonso desde su primer año como director del Instituto de Filología. En esta contribución, señalaba que, durante mucho tiempo, el naturalismo y el positivismo habían hecho de la lingüística una disciplina que contemplaba las formas del lenguaje como si tuvieran “vida propia”, estando gobernadas “por unas leyes inflexibles que determinaban inexorables cambios” (Alonso, 1927a, p. 228). En el siglo XIX, indicaba, “el armazón total de la filología” fue el de una “ciencia naturalista”, en la que “se estudiaban las palabras y los giros como fenómenos consumados” (Alonso, 1927a, p. 227). Esa visión del lenguaje, insistía Alonso, pretendía basarse en leyes equiparables a las de la física, pues consideraba que el cambio lingüístico estaba impulsado por “fuerzas irresistibles que impelían a los idiomas en inevitables direcciones, como la gravedad a la piedra que cae o al agua que fluye” (Alonso, 1927a, p. 228-229). De inmediato, dejando entrever su falta de identificación con dicho enfoque, aseveraba: “Pero esta concepción del lenguaje ha sido ya superada” (Alonso, 1927a, p. 229). ¿El motivo? Su respuesta, aunque metafórica, exhibía que en la reacción ante el comparatismo decimonónico estaba la base de la justificación idealista:

Cuando un hombre crea una forma idiomática, ésta puede caer perpendicularmente como la piedra, o ascender como el humo, o volar en sesgos quebrados como hoja de papel en el viento. Porque el lenguaje, como expresión, es un acto espiritual, y nadie puede señalar leyes a los movimientos del espíritu (Alonso, 1927a, p. 229).

Bajo esta premisa, explicaba Alonso, en los inicios del siglo XX, con las obras de Croce y Vossler, la lingüística “cambia de orientación”; pasó a estudiarse “cada forma como expresión, como función espiritual” y así fue que las formas del lenguaje dejaron de ser consideradas como “hechos” y “estados” y pasaron a ser “actos” y “fenómenos”, dado que “el hombre crea, en la libertad de su espíritu, la forma más adecuada para expresarse” (Alonso, 1927a, p. 229-230). Solo una aclaración se imponía en el razonamiento de Alonso: “Pero si el

lenguaje es siempre creación individual, no es menos cierto que esas creaciones individuales se producen para fines de convivencia” (Alonso, 1927a, p. 233-234). Y esto lo llevaba a afirmar: “El lenguaje es un acto eminentemente social” (Alonso, 1927a, p. 234). Por ende, si bien su interpretación demostraba tener bases idealistas, conciliaba también – probablemente a raíz de su “acercamiento” a la teoría de Bally, quien distinguía entre una estilística de la comunidad/de la lengua y una estilística del individuo/del habla (Portolés, 1986, p. 162) – con el aspecto social relevado en los postulados del *Curso* de Saussure. Esto comenzaba a evidenciar, según observaremos, que la producción teórica de Alonso era fruto de un proceso de apropiación absolutamente particular de las grandes líneas de pensamiento de la época. Así, si bien ponía el foco de su estudio en la dimensión individual del lenguaje, entendía que no podía desconocerse el peso de la dimensión colectiva. De la misma manera, por más que la visión idealista hiciera de la lingüística una ciencia encargada del análisis de una actividad espiritual, Alonso consideraba necesario especificar los términos en los que debía analizarse la materia que le daba sustento físico a dicha actividad. Había, pues, margen para un movimiento epistemológico más. He aquí la siguiente maniobra argumental.

“Reconciliación con la fonética” (Alonso, 1927b) fue la primera contribución de Alonso en una publicación del Instituto de Filología¹¹. En este trabajo, se preguntaba si la fonética (“el estudio del sonido articulado”) no era “la manifestación más hedionda del positivismo”; a lo cual respondía:

La fonética como fin, sí. La fonética como instrumento de trabajo, como subespecialidad de la lingüística, no. Si advertimos en la lingüística la posibilidad de un interés idealista y de un sentido humano, no nos será dado considerar los estudios fonéticos desprovistos de ese interés y de ese sentido, ya que, al fin, todos vienen a desembocar en la lingüística (Alonso, 1927b, p. 227).

Al estudiar los cambios lingüísticos – por ejemplo, “las letras latinas *t, p, c* (*k*), se cambian en *d, b, g* al llegar al español” –, la filología decimonónica se empeñaba (o se empecinaba) en “deducir” en la historia una especie de “juego de prestidigitación” (Alonso, 1927b, p. 228). Según Alonso, los avances en materia de fonética, justamente, sirvieron para que la disciplina superara “tales cubileteos de ilusionismo” y abordara los temas “en posesión del verdadero conocimiento” (Alonso, 1927b, p. 228). El idealismo – “la más sugestiva y moderna concepción de la lingüística” – arremetió contra el mecanicismo y el naturalismo: “rehúsa ver la causa de los cambios idiomáticos en algo que existe en la misma lengua y que se impone a sus parlantes” (Alonso, 1927b, p. 229). La lingüística pasó a ser ciencia del espíritu, pero no por ello el vínculo con la materia devino superfluo y desechable, sino, muy por el contrario, resultó fortalecido, dado que, señalaba Alonso, “el sonido es al significado no lo que el vestido es al cuerpo sino lo que el cuerpo al alma” (Alonso, 1927b, p. 229). Desde esta

¹¹ Esta contribución apareció en el *Boletín del Instituto de Filología* (1926-1927), una colección que no solamente contaba con una serie de aportes de algunos de sus miembros, sino que además reunía, entre otros, el discurso inaugural de Ricardo Rojas (1923), entonces decano de la Facultad de Filosofía y Letras porteña, y los discursos de asunción de Américo Castro (1923), Agustín Millares Carlo (1924) y Manuel de Montoliu (1925), los tres primeros directores del centro de investigación.

óptica, el espíritu (la mente humana) era “modelador, modificador, vencedor de la materia” (Alonso, 1927b, p. 229). Este era, concretamente, el auténtico gesto de reconciliación:

Pues bien: aun en esa lingüística que solo se interesa por las cosas del espíritu, la fonética tiene importante y legítima cabida, en cuanto sea estudio de esas modificaciones, de esos moldeamientos y victorias del espíritu sobre la materia física.

Es más. Todo lo que en fonética no sea apuntar por elevación a estos blancos idealistas, no será más que fisiología y acústica (Alonso, 1927b, p. 229).

En la concepción de Alonso – y en esto coincidía con la epistemología de Saussure – lo determinante era el punto de vista; según su perspectiva, el punto de vista legítimo era el idealista, pues permitía apuntar los “blancos” pertinentes a la caracterización del objeto lenguaje: un fenómeno eminentemente espiritual (psíquico) que disponía de un sistema de sonidos capaces de expresividad. En este marco, la fonética no era un fin en sí, sino un “instrumento de alta precisión” que habilitaba “la descripción minuciosa de los hechos” (Alonso, 1927b, p. 231), esto es, la exhaustiva descripción de las formas en el plano de la expresión. La fonética estudiaba el modo en que la materia era moldeada por el espíritu; así, se perfilaba como una herramienta metodológica puesta al servicio de la dialectología y la geografía lingüística¹². Estas dos disciplinas – sobre las que volveremos más adelante – recibieron tratamiento de privilegio de parte de Alonso ni bien asumió la dirección del Instituto de Filología, tal como lo expresaba en uno de los primeros proyectos editoriales que impulsó: la *Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana* (1930-1946). La serie tenía el objetivo de “reunir los dispersos estudios de orientación dialectológica sobre el español popular en América y añadir otros nuevos”¹³ (Alonso, 1930, p. 5). En el “Propósito” (Alonso, 1930) del primer tomo de esta colección, Alonso decía: “La Dialectología, y especialmente la Geografía lingüística, nos van ahora permitiendo entrever el acto mismo en que las fuerzas del espíritu van modelando la materia idiomática” (Alonso, 1930, p. 7).

¹² Coseriu señalaba que “la expresión *geografía lingüística* designa exclusivamente un método dialectológico y comparativo”, que supone “el registro en mapas espaciales de un número relativamente elevado de formas lingüísticas (fónicas, léxicas o gramaticales)” (Coseriu, 1961 [1955], p. 1). Existe acuerdo crítico (Coseriu, 1961 [1955], p. 9; Vidós, 1956, p. 42; Malmberg, 1967, p. 60) en indicar que el fundador de este enfoque fue el suizo Jules Gilliéron, cuando en 1902 publicó su *Atlas lingüístico de Francia*, en el que reconstruía un estado de lengua anterior a partir de la distribución geográfica de las palabras. No obstante, puede considerarse que el origen de este método se remonta a 1872 con la publicación de *Sobre las relaciones entre las lenguas indoeuropeas*, de Johannes Schmidt; este ofreció una propuesta alternativa a la teoría del árbol genealógico de August Schleicher, dado que con su “teoría de las ondas” aspiraba a explicar la expansión de las lenguas al modo de ondas circulares concéntricas, en virtud del movimiento gradual que el lanzamiento de una piedra producía en un estanque (López Sánchez, 2006, p. 252). Los pasos de una lengua a otra eran representados, pues, de manera lenta e imperceptible; se asumía que las “innovaciones lingüísticas” se propagaban desde “varios centros” y, por lo tanto, “la individualidad de las lenguas parientes se definía por el encuentro de distintas innovaciones” (Coseriu, 1961 [1955], p. 10).

¹³ Para Alonso, la utilidad de la *Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana* residía en que permitiría “salvar el vacío” de la filología romance, que había prescindido hasta entonces del continente americano, algo similar a “renunciar a más del ochenta por ciento de la geografía románica” (Alonso, 1930, p. 5). Sin embargo, la idea de la colección no se reducía a la ampliación de la difusión de los estudios dialectales ya existentes, sino que consistía en estimular este tipo de investigaciones del lado occidental del Océano Atlántico (Alonso, 1930, p. 6).

Dos miradas sobre el pensamiento saussureano

¿Cómo concibió Alonso la figura de Ferdinand de Saussure? ¿Qué lugar le asignó al *Curso de lingüística general* en el devenir de la ciencia del lenguaje? ¿Cómo interpretó los conceptos fundamentales de la obra póstuma del maestro ginebrino en relación con el desarrollo de su propuesta espiritualista? La respuesta no es para nada simple. A estas preguntas debería contestarse con otra pregunta: ¿en qué momento de su producción teórica? Esto se debe a que, entre las décadas de 1920 y 1940, las interpretaciones de Alonso respecto del sujeto (Saussure) y la obra en cuestión (el *Curso*) variaron notablemente. A nuestro criterio, en su trabajo podemos identificar con claridad dos momentos que se corresponden con dos miradas diferentes sobre los principales aportes del pensamiento saussureano.

Saussure, el idealista

La conferencia con la que Alonso asumió en 1927 la dirección del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires fue luego publicada en forma de artículo bajo el título de “Lingüística e historia” (1928). Su intervención se proponía presentar, a modo de “comentario internacional” (Alonso, 1928, p. 38), el ya referido libro de Ramón Menéndez Pidal: *Orígenes del español* (1926), obra en la que se practicaba una “síntesis cuadrangular” entre psicología individual, psicología colectiva, historia y geografía (Alonso, 1928, p. 34).

No obstante, Alonso discurrió también sobre otras cuestiones. Su punto de partida fue una observación de orden epistemológico: “[...] la Lingüística va encontrando la plenitud de su objeto a medida que se sale fuera de sí misma. Valga la paradoja” (Alonso, 1928, p. 28). Para demostrar el contenido de esta afirmación trazó un recorrido por la historia de la ciencia del lenguaje durante el siglo XIX; pasó rápidamente revista a las contribuciones de Jacob Grimm y su romanticismo, de August Schleicher y su naturalismo, y de Karl Brugmann y su historicismo, entre otros. Alonso consideraba que el período que sucedía al derrotero delineado era aquel que reparaba sobre la intervención del espíritu en los actos del lenguaje. La visión espiritualista se planteaba, a su criterio, en el marco de una controversia entre dos perspectivas: la lingüística histórica y la geografía lingüística, esto es, “la investigación en el tiempo, hacia arriba, en dirección vertical, frente a la investigación en el espacio, por los pueblos, en dirección horizontal” (Alonso, 1928, p. 31). El inicio del siglo XX en la ciencia del lenguaje se caracterizaba, pues, de la siguiente manera:

En esa rebusca de formas dialectales entre los repliegues de la tierra, una bandada de ideas nuevas levanta vuelo. Los problemas ganan en complejidad y riqueza. La orientación es más segura. Se patentizan mil maneras insospechadas de elaboración espiritual (Alonso, 1928, p. 31).

Alonso no reducía su discurso a la escenificación de la tensión entre el positivismo (como perspectiva vetusta) y el idealismo (como perspectiva superadora), sino que buscaba

desandar (desarmar o, incluso, rearticular) la contienda entre ambos enfoques y así ofrecer su propia versión del asunto: la lingüística espiritualista. Su crítica apuntaba a que “los lingüistas que ellos [los idealistas] llaman positivistas, los que precedieron y siguieron a [Wilhelm] Wundt, eran tan espiritualistas a medias, como lo son estos Vossler y [Giulio] Bertoni de ahora” (Alonso, 1928, p. 32). Sostenía luego que mientras los “sedicentes idealistas” se desentendían de la colectividad y se encerraban en la psicología individual, los “positivistas” llevaban a cabo la misma tarea pero de manera invertida, esto es, limitando su investigación a la psicología colectiva sin interesarse por el acto personal del individuo (Alonso, 1928, p. 32). Por consiguiente, en la representación practicada por Alonso, los enfoques idealistas y positivistas no aparecían más que como protagonistas de una controversia en la que podían relevarse dos énfasis: uno en la masa, otro en el individuo; y así, con ánimo integrador, sentenciaba: “no son principios antagónicos, sino preciosos complementos” (Alonso, 1928, p. 33).

Llegado a este punto, Alonso incluía en el breve recorrido histórico trazado a un teórico del lenguaje cuya labor advertía absolutamente emparentada con su propuesta: “uno de los lingüistas más espirituales, el suizo Ferdinand de Saussure”¹⁴ (Alonso, 1928, p. 33). Y de inmediato explicaba:

[Saussure] estableció una fecunda diferenciación entre estos dos elementos del lenguaje: El colectivo, como suma de convenciones, como instrumento virtual que un solo individuo nunca llega a poseer por entero, sino que existe en los cerebros de todos los individuos del grupo, y a la disposición de cualquiera de ellos. Y el individual, que es la realización personal de esa virtualidad. Al primero, Saussure lo llama lengua, al segundo habla (Alonso, 1928, p. 32-33).

Alonso tenía muy presente la dicotomía saussureana, pero en ella parecía no advertir el carácter excluyente que el ginebrino le daba cuando adoptaba la *lengua* como objeto de estudio (pasible de sistematización) para la disciplina y relegaba el *habla* como fenómeno eventualmente abordable por otro tipo de lingüística. Alonso reivindicaba el aporte (supuestamente) espiritualista de Saussure, lo capitalizaba y lo ubicaba en la línea del desarrollo de la concepción idealista del lenguaje; en este sentido, agregaba:

En realidad, el reproche de los idealistas va contra los que descuidaban en el estudio del lenguaje el lado individual. Y el reproche es justo. Pero el error está en no ver que es un lado del lenguaje, interesantísimo, pero uno de los lados; y en no ver que no es lícito excluir del estudio del lenguaje la otra cara, la colectiva, en nombre del interés que tiene la individual (Alonso, 1928, p. 33).

Por ende, Alonso practicaba una interpretación (y, consecuentemente, una apropiación particular) de la antinomia lengua-habla desarrollada en el *Curso*, y por eso

¹⁴ La valoración positiva con la que Alonso caracterizaba la figura de Saussure durante el momento en que hacía su primera recepción de la obra resultaba un tanto curiosa, sobre todo en virtud de ciertas valoraciones negativas que, según veremos, hallamos en años subsiguientes, específicamente en contribuciones de 1943 y 1945 de las que nos ocuparemos a continuación. Para un estudio de las primeras recepciones del *Curso* fuera de Suiza sugerimos consultar De Mauro (1967) y Sofía y Swiggers (2016).

intentaba mostrar, alineado con una lingüística como ciencia del espíritu, el pensamiento de Saussure, cuyo aporte era incluso superador respecto del idealismo de Vossler, a quien acusaba de caer en el error de ir en la misma dirección del positivismo al que quería destruir.

Unos años más tarde, Alonso publicó “Karl Vossler” (1932). En este artículo informaba acerca de la visita del filólogo alemán a la Argentina: un acontecimiento de “incalculable provecho para nuestro medio intelectual”, sobre todo, “por su valor de ejemplo” (Alonso, 1932, p. 8). ¿La razón? Vossler fue quien, a principios del siglo XX, destruyó la “visión engañosa” y la “concepción mecanicista” del lenguaje y pasó a entender el fenómeno como “una estructura polar de creación y evolución, de fantasía libre y de mecanismo, de estilo y de gramática, de espíritu y de cultura” (Alonso, 1932, p. 8). Alonso ubicaba en paralelo con este desarrollo la visión de Bally, quien, aunque con otros intereses, veía “la estructura del lenguaje como una polaridad de inteligencia y afectividad” (Alonso, 1932, p. 8). Luego, una vez puesto de manifiesto el contraste entre ambos paradigmas – el naturalista, rechazado, y el idealista, revitalizado –, Alonso se proponía trazar la “genealogía” de la perspectiva espiritualista. Indicaba, pues, que la obra de Vossler procedía de la filosofía de Croce y que esta se entroncaba, a su vez, con la de Giambattista Vico, quien, en la primera mitad del siglo XVIII, había sido “el primero en entrever, más que concebir, el lenguaje como manifestación de las fuerzas creadoras de la fantasía” (Alonso, 1932, p. 8). Mencionaba un “brillantísimo plantel contemporáneo de filósofos del lenguaje: Wundt, Marty, Husserl, Spengler, Croce, de Saussure, Bally, Ammann, Cassirer”; y explicaba que, sin embargo, ninguno había calado “tan hondo” como Vossler en “los problemas últimos de la expresión humana”, salvo Saussure, de quien – subrayo – destacaba lo siguiente: “[Saussure] le es parangonable [a Vossler] en haber dado a sus concepciones filosóficas la máxima fecundidad para la investigación particular de las lenguas” (Alonso, 1932, p. 8).

En suma, frente a las visiones anquilosadas por el naturalismo y el positivismo decimonónicos, Alonso ofrecía un posicionamiento epistemológico propio que entendía el lenguaje como un proceso pendular entre la iniciativa individual y la aceptación social. Así, en un primer momento de su producción teórica, ubicaba a Saussure en el panteón de los lingüistas espiritualistas, esto es, junto a aquellos que reaccionaban contra el análisis mecanicista del lenguaje, dado que consideraba que este no podía ser tratado de manera ajena a los sujetos hablantes y a su capacidad creativa.

Saussure, el positivista

En 1943, Alonso prologó su propia traducción de *Filosofía del lenguaje* (1923), de Vossler¹⁵. En las primeras tres secciones de su trabajo, al representar el desarrollo de la lingüística como disciplina científica, reconoció tres momentos para el período comprendido

¹⁵ Los dos prólogos que analizaremos en esta sección pertenecieron a la *Colección de Filosofía y Teoría del Lenguaje* (1941-1955), cuyo objetivo era la traducción y puesta en circulación en el mundo hispánico de una serie de textos que, sin estar disponibles en lengua española, correspondían, a criterio de Alonso, a libros fundamentales de lingüística general. Para un análisis de esta y otras colecciones puede consultarse Battista y Sofía (2017).

entre el siglo XIX y los primeros años del siglo XX: comparatista (el primero), naturalista y positivista (el segundo) y espiritualista (el tercero).

En un principio, Alonso señalaba: “la lingüística es una ciencia muy joven, nacida a principios del siglo XIX” (Alonso, 1943, p. 7). Su nacimiento estuvo dado por una “lingüística arqueológica y reconstructiva”: la lingüística comparativa, cuya tarea consistía en “establecer las series de correspondencias entre las lenguas parientes”, para luego “remontarse hasta la reconstrucción de la lengua originaria común” (Alonso, 1943, p. 7). Así, según el autor, la disciplina fue “a la vez arqueológica e histórica, reconstructiva y evolucionista en cuanto a los fines, y comparatista en cuanto a los métodos” (Alonso, 1943, p. 7). Llegado a este punto, Alonso denunciaba una “paradoja” en el decurso histórico de esta ciencia: “en grandísima parte, los progresos de la lingüística y la seguridad de sus conocimientos se debían a sus propias limitaciones; es más, a su estrechez de miras, cuando no a un vicio radical de sus fundamentos” (Alonso, 1943, p. 9).

De todas formas, fue un momento en el que hubo lugar para los progresos. Alonso contaba dos. Primero, “la concepción explícitamente naturalista de los comparatistas de la segunda tanda”, entre los que presentaba como “el más famoso” a Schleicher, quien “equiparaba la vida de las lenguas a la de los vegetales” (Alonso, 1943, p. 9). En segunda instancia, el trabajo de los neogramáticos, quienes opusieron una ciencia histórica al estudio de las lenguas como objetos naturales. Y si bien Alonso no conciliaba con la perspectiva epistemológica de estos últimos, dado que encontraba que su concepción positivista “entrañaba esenciales limitaciones”, también consideraba que de ella “se derivaron grandes ventajas técnicas”:

[...] entendían la historia de las lenguas como su sometimiento a un juego coordinado de determinaciones de mil especies: cronológicas, geográficas, etnográficas y demográficas, de historia administrativa, religiosa o militar; determinaciones del sistema mismo interno de la lengua (Alonso, 1943, p. 9).

No obstante, lo bueno se conjugaba con otro gran problema: “la preferencia casi exclusiva por la parte material del lenguaje como objeto de estudio” (Alonso, 1943, p. 9). La lingüística seguía siendo una ciencia de la materia y no una ciencia del espíritu.

En tercer lugar, Alonso presentaba el surgimiento de la perspectiva idealista, con la que se identificaba su propuesta teórica. Señalaba que “la concepción espiritualista del lenguaje” había sido planteada “desde los primeros días de esta ciencia”, momento en el que se destacaba la figura de Humboldt: “hasta hoy el más profundo y genial teórico del lenguaje”, aunque “totalmente incomprendido hasta un siglo más tarde” (Alonso, 1943, p. 10). Este egregio filólogo alemán del siglo XIX, advertía Alonso, había esbozado “ya en 1828 una lingüística basada en el espíritu y no en la materia” (Alonso, 1943, p. 10): esto es, una lingüística distinta a la comparatista, a la naturalista y a la positivista. A pesar de ello, la lingüística – una vez más el contraste – “se encarriló, contenta y confiada, por el camino del naturalismo y del positivismo, donde encontraba las satisfacciones más seguras” (Alonso, 1943, p. 10). Pero no fue el único que trabajó en la dirección espiritualista durante el siglo XIX;

hubo otro “lingüista extraordinario, el austríaco Hugo Schuchardt, en cuya concepción del lenguaje descubrimos ahora sorprendentes puntos de contacto con el olvidado Humboldt” (Alonso, 1943, p. 10). En el caso “de haber tenido afán de proselitismo”, indicaba Alonso, Schuchardt “habría sido el gran revolucionario de la lingüística” (Alonso, 1943, p. 10), papel que le estaba finalmente reservado a Vossler; este, con sus “dos obritas juveniles”, reaccionó contra esa “concepción despersonalizada del lenguaje y determinista y positivista de la ciencia”, predicando frente a ella “una concepción espiritualista o, como él dice, idealista” (Alonso, 1943, p. 11).

En las restantes secciones de su artículo, Alonso entretejía la contienda entre Vossler y Saussure. A diferencia de lo que había expresado en sus artículos de 1928 y 1932, en 1943 juzgaba de “positivista” al maestro ginebrino, puesto que encontraba que su pensamiento cedía ante la (falsa) creencia de que, para responder al deseo de constituirse en ciencia, la lingüística debía “someterse a las necesidades de los demás ciencias, que eran las de lo cuantitativo” (Alonso, 1943, p. 16). En la antítesis de la epistemología de Saussure, ubicaba la perspectiva de Vossler: “no puede creer que la lingüística, para ser dignamente una ciencia, tenga que ajustarse a las condiciones de lo mecánico-cuantitativo”, y aspira, entonces, a “que la lingüística sea una ciencia del espíritu” (Alonso, 1943, p. 16). Luego, Alonso retomaba la dicotomía entre materia y espíritu y la aplicaba a la concepción de ciencia que atribuía a cada una de las figuras mencionadas:

La conducta del espíritu no es igual que la conducta de la materia, y una ciencia (o conocimiento sistemático) que tenga como objeto propio la actividad del espíritu no puede calcarse sobre las ciencias cuyo objeto sea las condiciones de la materia. Por eso, si Saussure se limita por principio al sistema constituido, Vossler aplica su estudio a la constitución del sistema (Alonso, 1943, p. 16).

En definitiva, para Alonso, la contienda se resolvía con creces en la elección de un objeto de estudio legítimo que diera cuenta de la verdadera naturaleza del lenguaje: frente a la lengua, el objeto unitario, deslindado, desespiritualizado y despersonalizado de la perspectiva saussureana, aparecía el estilo, el objeto complejo, espiritual, creativo y estético de la perspectiva vossleriana. La reconstrucción de la tradición idealista se sintetizaba en la siguiente línea evolutiva: “lo que Vossler debe a Croce y después a Humboldt es el despertar de la concepción espiritualista de la ciencia del lenguaje”¹⁶ (Alonso, 1943, p. 18).

Procedimiento de clasificación similar desplegó Alonso respecto de estos dos autores en 1945 al prologar su propia traducción del *Curso* de Saussure. Situaba históricamente la obra

¹⁶ En relación con este punto, Portolés señalaba que, para este momento, Alonso ya había desarrollado una perspectiva propia respecto del idealismo: “en particular, se afianza en él la idea de Wilhelm von Humboldt de que cada lengua posee una *forma interior del lenguaje* que condiciona su desarrollo y la visión del mundo de sus hablantes”; destacaba también que esta “concepción romántica de la lengua había tomado nueva fuerza en la filosofía con la obra de Ernst Cassirer y en la lingüística anglosajona con la denominada hipótesis de Sapir y Whorf” (Portolés, 1996, p. 16). En la producción de Alonso, entonces, las estilísticas de Vossler y de Bally se combinaban con la influencia de la fenomenología de Edmund Husserl, dando lugar a un idealismo distanciado de sus posiciones más extremas, como la de Croce (Portolés, 1996, p. 16).

como “el mejor cuerpo organizado de doctrinas lingüísticas que ha producido el positivismo”, “el más profundo y a la vez el más clarificador”; no obstante, de inmediato aclaraba:

La doctrina de Saussure es algo más que el resumen y la coronación de una escuela científica superada; lo que aquí se nos da, o lo mejor y más personal de lo que aquí se nos da, se salva de la liquidación del positivismo, incorporado perdurablemente al progreso de la ciencia (Alonso, 1945a, p. 7).

Así, al igual que en 1943, pero a diferencia de la caracterización que ofreciera en las contribuciones de 1928 y 1932, Alonso presentaba a Saussure como un positivista y no como un espiritualista. A su criterio, Saussure rechazaba “muy hermosamente la concepción naturalista (Schleicher) de la lengua como un organismo de vida autónoma y de crecimiento y evolución internos”, pero lo hacía siguiendo los postulados de la “orientación positivista, que se creía obligada a mondar del objeto de la ciencia lo que fuera indeterminación, y, por consiguiente, todo lo que fuera espíritu con su libertad de iniciativa” (Alonso, 1945a, p. 27). Nuevamente, Alonso destacaba uno de los aportes de Saussure – dejar atrás el naturalismo – , pero en paralelo con una desventaja: “su positivismo le hizo suplantar esta concepción por otra mecanicista en la que la lengua es un sistema igualmente autónomo, ajeno al habla, fuera del alcance de sus hablantes” (Alonso, 1945a, p. 27). Acto seguido, rescataba la visión de la lengua como “el dominio de las articulaciones”; específicamente, Alonso hallaba que en cuanto a ese punto sus apreciaciones compartían postulados fundamentales con la tradición idealista:

Este concepto de las relaciones entre lengua y pensamiento, mucho más profundo que el meramente asociacionista de los Neogramáticos, está en la misma dirección que la forma interior del lenguaje de Humboldt, la actitud categorial o clasificatoria de la razón-lenguaje de [Henri] Bergson y la filosofía de las formas simbólicas de E. Cassirer (Alonso, 1945a, p. 9).

Sin embargo, de inmediato apuntaba otra desventaja que privaba a Saussure de una ponderación completa de su obra. Alonso argumentaba, una vez más, a través del contraste con Vossler. Mientras este se centraba en la complejidad y reconocía en el lenguaje una “estructura polar”, cuyo objeto radicaba en la “corriente perpetua de doble dirección”, el otro “rehuía” a tal complejidad en el objeto de estudio, pues se dirigía “en busca de uno deslindado y homogéneo” (Alonso, 1945a, p. 11). De acuerdo con Alonso, “fue la aspiración del positivismo al pájaro en mano la que empujó a la clara inteligencia de Saussure a simplificar su objeto de estudio” (Alonso, 1945a, p. 28). Y sentenciaba: “Todo se paga: la lingüística de Saussure llega a una sorprendente claridad y simplicidad, pero a fuerza de eliminaciones, más aun, a costa de descartar lo esencial en el lenguaje (el espíritu) como fenómeno específicamente humano” (Alonso, 1945a, p. 12).

Frente a la reduccionista delimitación del objeto lengua, con la que se coronaba el modo de proceder científico del positivismo, se hacía inevitable promover una visión del lenguaje en la que este fuera contemplado como una actividad del espíritu. En este camino se abría paso, con legitimidad, la estilística: una perspectiva que comprendía el fenómeno en

cuestión como un acto individual en el que la dimensión subjetiva resultaba determinante para la conformación de los medios (estilísticos) de expresión.

Alonso entendía que las dicotomías planteadas por Saussure no debían haber sido pensadas de manera excluyente sino complementaria, bajo una mirada integradora, esto es, como “aspectos diferentes de un objeto unitario”: “solo la jerarquización de esos aspectos, no su existencia, ha tenido que ser rectificadora” (Alonso, 1945a, p. 30). ¿Por qué? Era taxativo al respecto: porque “solo el habla real da realidad a la lengua” (Alonso, 1945a, p. 26). Pero de allí surgía el problema epistemológico: “poner en el habla el centro de los estudios lingüísticos es hacer girar todo el sistema positivista de Saussure y encuadrarlo en la orientación espiritualista” (Alonso, 1945a, p. 27).

En definitiva, más allá de rotular la obra como la consagración del positivismo y de mostrarla como un engranaje del devenir de la disciplina, Alonso procuró capitalizar los aportes que identificó en el pensamiento de Saussure e incorporarlos al marco de interpretación espiritualista desde el que analizaba los fenómenos lingüísticos, entre ellos, la materia fónica. En lo que sigue, veremos cómo se consumó en la producción de Alonso este proceso de asimilación de ciertos conceptos fundamentales del pensamiento saussureano al momento de caracterizar (incluso desde un punto de vista idealista) los sonidos del lenguaje.

Idealismo y fonología

En el *Curso*, Saussure dijo: “lo que importa en la palabra no es el sonido por sí mismo, sino las diferencias fónicas que permiten distinguir una palabra de todas las demás, pues ellas son las que llevan la significación” (1945 [1916], p. 141-142). Acto seguido, en relación con su afirmación de que “en la lengua solo hay diferencias sin términos positivos”, destacó que este principio era “tan esencial que se aplica a todos los elementos materiales de la lengua, incluidos los fonemas” (Saussure, 1945 [1916], p. 142). El concepto de valor era central para explicar el funcionamiento del sistema como totalidad en sí y como principio de clasificación¹⁷ y, en efecto, esta frase ensayaba – aunque quizás con cierto retraimiento – un intento de consagrar la idea en el plano de las articulaciones. Sin embargo, Saussure no contaba más que con una tímida y poco profunda distinción entre fonética (estudio diacrónico) y fonología (estudio sincrónico) al abordar los sonidos del lenguaje¹⁸. Presentaba a esta última como una disciplina accesoria y, al relevar el carácter sistemático de los elementos de la lengua, parecía no atreverse a sobrepasar la frontera del signo, a ir más allá del significante:

¹⁷ El sistema lingüístico era pensado en virtud del concepto de valor: una propiedad relacional – supone la presencia de otros elementos simultáneamente – y relativa – depende del sistema en el cual un elemento se inscribe, pues surge de sus límites.

¹⁸ Saussure decía: “[...] fonética ha empezado por designar y debe continuar designando el estudio de la evolución de los sonidos, y no hay por qué confundir en un mismo nombre dos estudios absolutamente distintos. La fonética es ciencia histórica, que analiza acontecimientos, transformaciones, y se mueve en el tiempo. La fonología está fuera del tiempo, ya que el mecanismo de la articulación queda siempre semejante a sí mismo. Y lejos de confundirse estos dos estudios, ni siquiera se pueden oponer. El primero es una de las partes esenciales de la ciencia de la lengua; la fonología, en cambio – hay que repetirlo –, no es más que una disciplina auxiliar y no se refiere más que al habla” (Saussure, 1945 [1916], p. 59).

[...] es imposible que el sonido material pertenezca por sí a la lengua. Para la lengua no es más que una cosa secundaria, una materia que pone en juego. Todos los valores convencionales presentan este carácter de no confundirse con el elemento tangible que les sirve de soporte. [...]. Esto es más cierto todavía en el significante lingüístico; en su esencia, de ningún modo es fónico, es incorpóreo, constituido, no por su sustancia material, sino únicamente por las diferencias que separan su imagen acústica de todas las demás (Saussure, 1945 [1916], p. 142).

Es llamativo que Alonso, traductor de *Curso*, haya reparado en algunas parcelas de la obra y no en otras, dado que de esta manera ofrecía una lectura reduccionista o simplificadora del pensamiento saussureano. Este parecía no completar su juicio con lo expresado en, por ejemplo, el “Apéndice” de la introducción (“Principios de fonología”), en el que efectivamente Saussure definía el fonema y, desde el punto de vista acústico, presentaba el modo en que podían ser estudiadas las cadenas fónicas de una lengua, tanto en el orden sintagmático como en el asociativo; en concreto, decía:

Los elementos que se obtienen primeramente del análisis de la cadena hablada son como eslabones de esa cadena, momentos irreducibles que no se pueden considerar fuera del tiempo que ocupan. [...] Después de haber analizado un número suficiente de cadenas habladas pertenecientes a distintas lenguas, se llega a conocer y a clasificar los elementos con que las lenguas operan; se advierte entonces que, si se prescinde de matices acústicamente indiferentes, el número de especies dadas no es indefinido (Saussure, 1945 [1916], p. 67).

Estas ideas esbozadas en el *Curso* fueron desarrolladas con mayor precisión en otros textos de Saussure que entraron en circulación más tardíamente y que Alonso (en aquellos tiempos, por supuesto) desconocía; según veremos, esas ideas iban en la misma dirección que algunas de las observaciones del filólogo español¹⁹. No obstante, hacia 1940, en virtud de los avances en materia de reflexión sobre el lenguaje de los que fue contemporáneo, Alonso buscó ser categórico sobre la distinción entre fonética y fonología, al tiempo que manifestar su disconformidad respecto de la caracterización que Saussure había hecho de estas disciplinas, principalmente cuando señalaba que la fonología era “una ciencia auxiliar” que no refería más que al habla (Saussure, 1945 [1916], p. 59). Para ello, en su trabajo sobre “La identidad del fonema” (1944)²⁰ partía de la siguiente observación: “El concepto de identidad para un fonema es puramente fonológico; fonéticamente, no hay dos fonemas iguales, como no hay dos hojas de árbol idénticas” (Alonso, 1944, p. 280). Así, de acuerdo con la “acepción nueva”, sostenía que mientras la fonética estudiaba los sonidos en su “composición material”, la fonología los estudiaba en su “composición intencional de signos” (Alonso, 1944, p. 280).

¹⁹ Por ejemplo, la noción de “valor semiológico del fonema” (Saussure, 1995, p. 224-225, mi traducción) – “la capacidad del fonema de funcionar como signo, de desempeñar un papel significativo en el plano de las ideas, de asumir una función en la relación de las formas con aspectos semánticos y gramaticales” (Sofía, 2009, p. 286, mi traducción) – contenía notable afinidad con las caracterizaciones del concepto efectuadas por Alonso.

²⁰ Este trabajo, al igual que “Geografía fonética”, del que nos ocuparemos en la siguiente sección, apareció en la *Revista de Filología Hispánica* (1939-1946), otro de los proyectos editoriales impulsados por Alonso en calidad de director del Instituto de Filología de Buenos Aires. El objeto de esta publicación científica (periódica) – que contó con el aval de la Universidad de Columbia – era replicar en América la ya referida *Revista de Filología Española* (1914-1937).

Luego, Alonso destacaba el carácter “ideal” del fonema como elemento perteneciente a la lengua; y subrayaba que la idealidad del fonema no lo despojaba de su absoluta realidad, puesto que los fonemas “existen y funcionan con sus peculiaridades en el sentimiento lingüístico de cada comunidad” (Alonso, 1944, p. 280). En este sentido, consideraba oportuno efectuar la distinción terminológica entre “fonema ideal” (perteneciente a la lengua o sistema de signos de cada comunidad) y “fonema fonético” (perteneciente al habla o realización del sistema en cada acto de hablar) (Alonso, 1944, p. 280). Conceptualizado de esta manera, un fonema ideal era entendido como “un signo fónico individualizado entre otros signos fónicos individualizados” y su capacidad de significación – su “poder significativo” – derivaba, según Alonso, “precisamente del juego y funcionamiento de su oposición y correspondencia con otros fonemas” (Alonso, 1944, p. 280).

Llegado a este punto, Alonso buscaba poner en evidencia el vínculo tácito – inadvertido por el propio Saussure – que las afirmaciones referentes al tema (esbozadas en el *Curso*) ofrecían respecto de su caracterización (idealista) del fonema; específicamente, decía:

Ferdinand de Saussure guarda una relación muy peculiar con esta nueva disciplina; los fonemas ideales entran por necesidad lógica en su teoría general del signo lingüístico, pero el mismo Saussure no lo vio. Esto hace que su doctrina sobre los sonidos sea en parte fonológica, en parte fonética, sin el discernimiento sistemático alcanzado luego por la escuela de Praga. Sus ideas sobre la unidad e identidad del fonema tienen esa condición (Alonso, 1944, p. 280).

De esta forma, Alonso señalaba que el concepto clave a partir del cual despejar los problemas vinculados al análisis de los sonidos del lenguaje se hallaba en el corazón de la propuesta saussureana con la noción de sistema (de valores):

Saussure no pensaba más que en las articulaciones materiales y se le escapó la posibilidad de un estudio de las ideas correspondientes, realidades estas pertenecientes a la lengua (en el sentido saussureano) con el mismo título que los esquemas sintácticos o los recursos flexionales o el conjunto de nominaciones (palabras) (Alonso, 1944, p. 282).

Para Saussure, la lengua era mental y en el plano de las articulaciones solo advertía, según Alonso, la dimensión material, sin reparar en la dimensión psíquica, cuya contemplación le habría habilitado un análisis más profundo del objeto delimitado. El carácter psíquico, abstracto, de la lengua (que no era ni fisiológica ni física)²¹ parecía haber colocado a Saussure en una posición de resistencia frente al análisis de la materialidad en su totalidad. La trampa en la que caía el ginebrino – la “flaqueza del maestro” – era, a criterio de Alonso, ver como “único objeto legítimo” a la lengua (“el sistema comunal”) y no al habla (“su realización

²¹ Saussure decía: “La lengua es también comparable a una hoja de papel: el pensamiento es el anverso y el sonido el reverso: no se puede cortar uno sin cortar el otro; así tampoco en la lengua se podría aislar. el sonido del pensamiento, ni el pensamiento del sonido; a tal separación sólo se llegaría por una abstracción y el resultado sería hacer psicología pura o fonología pura. La lingüística trabaja, pues, en el terreno limítrofe donde los elementos de dos órdenes se combinan; *esta combinación produce una forma, no una sustancia*” (Saussure, 1945 [1916], p. 137; las cursivas son del original).

individual”); de modo que no pensaba dialécticamente la oposición sabiamente establecida entre esos dos aspectos del mismo fenómeno (Alonso, 1944, p. 281). Aplicándose la serie de precisiones requeridas, la noción de fonema encajaba a la perfección en la propuesta espiritualista.

Alonso avanzaba (ya sin resquemores) sobre el estudio sistemático de los sonidos – sobre el dominio de las articulaciones – y definía al fonema (ideal) como un elemento capaz de distinguir significados: “Lo que importa para la identidad fonológica del fonema es la idea que de él funciona en la conciencia lingüística de los hablantes, y no las variedades físico-fisiológicas de su realización material” (Alonso, 1944, p. 282).

Por consiguiente, desde un punto de vista idealista y siendo fiel a su caracterización del estudio de la materialidad del lenguaje como instrumento de trabajo de la filología – y no como actividad disciplinar en sí misma –, Alonso intentaba capitalizar los aportes de la época y corregir los problemas de foco de la lingüística de Saussure e, incluso, de sus discípulos. ¿Dónde radicaba, finalmente, la identidad del fonema: un “hilado de caracteres válidos e intencionales, cuya composición y juego se altera según la posición”? En “la igualdad consigo mismo en diversas circunstancias” (Alonso, 1944, p. 283):

La clave está en la intermitencia funcional de algún elemento del fonema a pesar del cual el fonema sigue siendo el mismo en todos los casos. La clave está en que cuando, por la posición en la sílaba, no funciona como caracterizador del fonema uno de sus rasgos fonológicos, no es que se suprima, sino que la conciencia lingüística lo guarda como entre paréntesis y en reserva, solo en suspenso, no extirpado (Alonso, 1944, p. 283).

Finalmente, la fonología era concebida como una “ciencia del sistema de fonemas ideales que funciona en un idioma dado” (Alonso, 1944, p. 283). En lo que sigue, veremos que una definición como esta resultaba crucial para el rol que Alonso pretendía adjudicarle a esta (sub)disciplina en el marco de la investigación dialectológica.

Fonética y dialectología

En “Una ley fonológica del español”, Alonso (1945b) analizaba la variabilidad de las consonantes en la tensión y distensión de la sílaba. Preliminarmente, una vez más, realizaba una serie de aclaraciones que pretendían constituir un aporte a la teoría lingüística. Así, distinguía entre fonética (el estudio de los fenómenos fónicos en su “composición material”) y fonología (el estudio de los fenómenos fónicos en su “composición intencional”) (Alonso, 1945b, p. 91). Mientras la primera, indicaba, se ocupaba de los caracteres físicos de la corriente de aire y de los movimientos fisiológicos que intervienen en la articulación, la segunda se encargaba de aquellos rasgos portadores de “valor significativo” (Alonso, 1945b, p. 91). A continuación, precisaba las diferencias entre el sonido o “fonema fonético” (como unidad físico-fisiológica de la fonética) y el fonema o “fonema ideal” (como unidad perteneciente a la fonología y constituida por “rasgos intencionalmente significativos”, con realidad en la conciencia lingüística de los hablantes) (Alonso, 1945b, p. 91-92). Este fonema

ideal – o, esta idea fónica, tal como lo llamaba en los artículos que hemos comentado anteriormente – era concebido como una “unidad diferencial”: un “valor”, es decir, en términos de Alonso, una “oposición intencionalmente significativa”, cuya existencia se restringe a su relación con otros fonemas (Alonso, 1945b, p. 92).

A continuación, Alonso señalaba que, en cada lengua, el sistema de oposiciones se basaba en “la combinación de unos pocos elementos sonoros en unos pocos modos establecidos”, y que la tarea de la fonología radicaba puntualmente en “averiguar cuáles son concretamente en cada sistema esos pocos elementos”, así como sus “condiciones sistemáticas de combinación” (Alonso, 1945b, p. 92). Ilustraba la teoría con la descripción de un fenómeno: el comportamiento de las consonantes nasales en español. Según explicaba, el punto de articulación de estas consonantes resulta diferenciador únicamente en principio de sílaba: “cámbiese a la nasal su punto de articulación y se habrá cambiado su identidad y con ello el signo lingüístico entero (la palabra)” (Alonso, 1945b, p. 94). Por el contrario, en final de sílaba, las nasales presentan “siempre materialmente un punto de articulación, el de la consonante que siga” (Alonso, 1945b, p. 95). Sin embargo, aclaraba Alonso, a pesar de “tan gran variación material” – que “solo es reconocible para los técnicos, pero no existe en la conciencia del hablante”, de modo que “no es intencional” –, reconocemos siempre “un único y mismo signo, idéntico signo, la *n*, un idéntico componente fonológico en una misma e idéntica palabra” (Alonso, 1945b, p. 95). Por ende, el contraste es claro: mientras en principio de sílaba el punto de articulación “existe y vale tanto fonética como fonológicamente”, en final de sílaba “existe fonéticamente, pero no cuenta o no vale (=no existe) fonológicamente” (Alonso, 1945b, p. 95). ¿Cuál era, entonces, la “ley fonológica”²² formulada por Alonso?

Todas las consonantes españolas correlativas abandonan en la distensión silábica algún carácter que en la tensión es constitutivo sin que la consonante pierda por eso su identidad (93). De otro modo: en un mismo e idéntico fonema consonante el tejido de caracteres intencionales (válidos y diferenciadores) que lo constituyen en la tensión silábica se simplifica en la distensión. O de este otro: correlaciones que funcionan como significativas y diferenciales la tensión silábica cesan en la distensión, donde o no existen literalmente o, si existen, dejan de ser intencionales y pierden por eso su validez (Alonso, 1945b, p. 94).

Por último, aunque sin anularla por ello, Alonso confesaba las “limitaciones” de la formulación ante la complejidad del fenómeno del que pretendía dar cuenta, dado que determinadas variantes eran “obligatorias en la lengua general y en la mayoría de los dialectos”, mientras que otras eran exclusivamente dialectales (Alonso, 1945b, p. 101).

En “Geografía fonética” (1945) – un trabajo que Alonso publicó en coautoría con Raimundo Lida²³, uno de sus colaboradores más cercanos en el Instituto de Filología –, los

²² Alonso se veía en el compromiso de especificar el alcance con el que debía interpretarse la noción de “ley”, que en lingüística respondía a “la regularidad de un comportamiento” (Alonso, 1945b, p. 101). La necesidad de esta aclaración ponía de manifiesto la continuidad de su gesto epistemológico de distanciamiento respecto de los enfoques naturalistas y mecanicistas.

²³ Raimundo Lida, de origen austro-húngaro, desde muy pequeño emigró a la Argentina. Tras recibirse en la Universidad de Buenos Aires hacia 1931, se incorporó al Instituto de Filología como colaborador de Alonso; desde

autores profundizaron la caracterización del fonema como elemento con intención significativa en el que son rastreables oposiciones sistemáticas. El punto de partida fue una distinción metodológica preliminar entre tres tipos de oposiciones. El primer caso refería a la oposición entre el sistema fonético de un dialecto y los trueques fonéticos no regulares; es decir, cuando un fonema se cambia por otro en algunas palabras (ejemplo: *bandurria*, *vagamundo*), pero el sistema fonético resulta “intacto”, puesto que los elementos involucrados siguen funcionando como “fonemas contrapuestos” (Alonso; Lida, 1945, p. 313-314). El segundo correspondía a la oposición entre el funcionamiento actual de un sistema fonético y su historia, de aquí la necesidad de separación, según explicaban, entre las nociones de sincronía y diacronía pertenecientes a la doctrina saussureana; en este sentido, una cosa era establecer cómo funcionaba un sistema fonético y otra era averiguar cómo había llegado a tal estado desde otro anterior (Alonso; Lida, 1945, p. 314). En tercera instancia, referían a la oposición entre la composición material del fonema y la imagen o idea fónica que los hablantes tenían de él, conforme a la cual se otorgaba “validez de signo a unos componentes materiales y a otros no” (Alonso; Lida, 1945, p. 313). Este último punto era, justamente, aquel sobre el que Alonso había aventurado precisiones en las contribuciones anteriormente referidas. En este caso, los autores consideraban, una vez más, que el fonema material era objeto de la fonética y que la imagen o idea fónica – el fonema ideal – era objeto de la fonología. La primera versaba sobre la “composición material” de los sonidos, la segunda, sobre su “constitución intencional” (esto es, el sonido “tal como aparece en la conciencia lingüística de los hablantes”) (Alonso; Lida, 1945, p. 314).

En la producción de Alonso, por ende, identificamos una definición idealista del fonema; dicha definición está vinculada a la noción de valor con la que Saussure caracterizó la lengua como sistema, pero que, en el afán de mantener en la dimensión mental (psíquica), según anticipamos, no se atrevió a llevar más allá del significante (como parte del signo). Según Alonso, Saussure no terminó de comprender que el plano material de esta unidad contaba con (una serie de) articulaciones que, independientemente de su realización concreta en el habla, también pertenecían a la lengua, puesto que, bajo los mismos parámetros que la imagen acústica, conformaban sistema. El concepto de fonema ideal o idea fónica le permitió a Alonso abstraer (desgajar o cribar, para utilizar terminología estructuralista que él hubiera preferido evitar) los sonidos con “intención significativa” (esto es, con estatuto lingüístico) (Alonso; Lida, 1945, p. 315). He aquí la “simplificación” y la “complicación” latentes en el concepto de fonema: “no todos los elementos materiales son admitidos en el fonema como existentes, sino solo aquellos a que se da función intencional de signo” (Alonso; Lida, 1945, p. 315). Alonso y Lida, finalmente, expresaban:

1932 se desempeñó *ad honorem* como profesor de trabajos prácticos de “Lingüística romance” y participó en diferentes proyectos editoriales, no solo con Alonso, sino también con Pedro Henríquez Ureña. En 1947, tras la partida de su mentor ante problemas con el gobierno nacional de turno, por invitación de Alfonso Reyes consiguió establecerse en El Colegio de México. En 1953 sucedió a Alonso en la Universidad de Harvard, donde llegó a ser jefe del Departamento de Lenguas Romances (Lida, 2014).

[...] la fonología considera los fonemas como valores funcionales (terminología de F de Saussure)” y, en este marco, los valores fónicos, como todos los lingüísticos, son puras diferencias basadas en un juego sistemático de oposiciones y de correspondencias. Solamente lo que es sentido como significativamente diferente entra como factor en el fonema ideal, y sentir “lo diferentes” es incluir estructuralmente en la idea la referencia (correspondencia u oposición) a otros sonidos del sistema y ciertamente a la ley unitaria del sistema entero (Alonso; Lida, 1945, p. 315, las comillas son del original).

Luego, los autores analizaban el comportamiento (fenómenos de alternancia, asimilación, pérdida y vocalización) de la *-l* y la *-r* implosivas del español en ciertas regiones de España y América. Concluían que los cambios regionales podían volverse un día generales y consideraban que este hecho – más allá de ser “indicio y exponente del diario e imperceptible cambiar de nuestra lengua” – era prueba de “la dirección del cambio que se está fraguando”, esto es, “un tipo de sílaba simplificada en la distensión, que puede tener por meta lejana la sílaba abierta, o trabada solo por nasal (*-s > h*) > cero” (Alonso; Lida, 1945, p. 344). No obstante, de inmediato aclaraban que dicha “observación” no debía ser interpretada como “una predicción, ni menos de base naturalista”, y agregaban:

Las tendencias de una lengua no son “naturales”, sino que se van haciendo y resultan de la labor cotidiana y tradicionalmente fijada de las acomodaciones interindividuales. El espíritu, pues, es quien en definitiva fija la dirección de la tendencia, y el espíritu, aun el condicionado por la tradición, siempre guarda su libertad de obrar (Alonso; Lida, 1945, p. 345, las comillas son del original).

Esta era la manera de consumir el proceso de reconciliación (de una ciencia del espíritu) con la materia fónica. Según había procurado promover Alonso desde sus primeros años en la Universidad de Buenos Aires, la fonética y la fonología se erigían como subsidiarias de la dialectología y la geografía lingüística²⁴.

Conclusión

La aceptación de la afirmación saussureana de que “es el punto de vista el que crea el objeto” (Saussure, 1945 [1916], p. 49) dio lugar a dos movimientos, ambos de la misma naturaleza. Uno fue prospectivo: a partir de 1916, el devenir de la disciplina se desarrolló en un marco de permanente revisión epistemológica, en el que los desacuerdos respecto de la concepción de ciencia supuesta por cada teoría o escuela de pensamiento han jugado un rol determinante en la demarcación del objeto. El otro, paradójicamente, fue retrospectivo, puesto que hizo que la obra impulsora de esa premisa se convirtiera en objeto histórico sujeto a permanentes cambios de valoración: cada una de las teorías o escuelas de pensamiento que

²⁴ En agosto de 1946, a raíz de ciertos conflictos con el gobierno del presidente Juan Domingo Perón, Alonso solicitó una licencia y se desplazó hacia la Universidad de Harvard, pero fue cesanteado dos meses después por los interventores de la Facultad de Filosofía y Letras. Desde Estados Unidos, un año más tarde, fundó la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, publicación (vigente en la actualidad) de El Colegio de México. En mayo de 1952, “la más impiadosa de las enfermedades” obligó a Alonso a una muerte temprana (Alonso, 1952, p. 1).

se desarrollaron luego – principalmente durante la primera mitad del siglo XX – practicaron una interpretación particular sobre la figura de Saussure y, más concretamente, una lectura particular sobre su obra póstuma. Los trabajos de Alonso que aquí analizamos son, a nuestro criterio, un claro testimonio de ello. Un lingüista que hacía justicia de la frase del maestro ginebrino y que, con su punto de vista, construía su propia teoría, delimitaba su propio objeto de estudio e, incluso capitalizando los aportes de enfoques con los que no congraciaba por completo, forjaba su propia metodología.

Finalmente, a modo de cierre, lo diremos por enésima vez. El estudio de la materia fónica era, en la perspectiva de Alonso, un recurso, una herramienta metodológica puesta al servicio de la geografía lingüística y la dialectología. Su definición de las unidades sonoras y sus precisiones en relación con el alcance de las disciplinas (fonética y fonología) transcurrían en consonancia con los avances (estructuralistas) del período²⁵. No obstante, el marco integral de interpretación que él les otorgaba era definitivamente idealista. En gesto declarado de rechazo hacia el positivismo (corriente que, a su criterio, dejaba aún entrever los resabios del mecanicismo decimonónico), se empeñaba por incorporar el sujeto hablante a la teoría. Este sujeto era imprescindible en tanto portaba una “conciencia lingüística” que lo hacía capaz de “sentir las diferencias” en las “ideas fónicas” e identificarlas entonces como elementos (con “intención significativa”) pertenecientes a una lengua: un principio de clasificación, un sistema de valores y una forma interior del lenguaje. Esta fue la manera en que Alonso concibió una lingüística espiritualista, que resultó de su prolífica y fecunda actividad intelectual, en la que, en términos historiográficos, es observable una particular apropiación de los conceptos fundamentales de al menos cuatro grandes figuras del pensamiento lingüístico de las últimas dos centurias: el romanticismo de Humboldt, el idealismo de Vossler, la estilística de Bally y la sistematización de Saussure.

Referencias bibliográficas

ALONSO, A. Karl Vossler, *La Nación*, 13 de noviembre de 1932, p. 8, 1932.

ALONSO, A. La identidad del fonema. *Revista de Filología Hispánica*, v. 6, p. 280-283, 1944.

ALONSO, A. Lingüística e historia. *Humanidades*, v. 18, p. 29-38, 1928.

ALONSO, A. Lingüística espiritualista. *Síntesis*, v. 1, n. 8, p. 227-236, 1927a.

ALONSO, A. Prefacio. In: VOSSLER, K. *Filosofía del lenguaje*. Buenos Aires: Losada, 1943 [1923]. p. 7-20.

ALONSO, A. Prólogo a la edición española. In: SAUSSURE, F. de. *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Losada, 1945a [1916]. p. 7-30.

²⁵ En relación con el pensamiento de Alonso y los avances estructuralistas del período puede consultarse también “La amistad entre Amado Alonso y Roman Jakobson” (Guitarte, 1995-1996), trabajo en el que, a partir de una serie de cartas, Guillermo Guitarte efectuó un sesudo y exhaustivo análisis de los intereses de ambos lingüistas en fonética y fonología.

- ALONSO, A. Propósito. In: TISCORNIA, E. *Estudios sobre el español de Nuevo Méjico*. Buenos Aires: Instituto de Filología, 1930. p. 5-10.
- ALONSO, A. Reconciliación con la fonética. *Boletín del Instituto de Filología*, v. 1, n. 3-4, p. 227-235, 1927b.
- ALONSO, A. Una ley fonológica del español. *Hispanic Review*, v. 13, n. 2, p. 91-101, 1945b.
- ALONSO, A.; LIDA, R. Geografía fonética. *Revista de Filología Hispánica*, v. 7, n. 4, p. 313-345, 1945.
- ALONSO, D. Amado Alonso ante la muerte. *Ínsula*, v. 78, p. 1-2, 1952.
- ANALES, v. 1; ANALES DE LA INSTITUCIÓN CULTURAL ESPAÑOLA, 1912-1930, Buenos Aires. *Anais [...]*. Buenos Aires: Talleres Gráficos Linari y Cía, 1947.
- BALLY, C. *El lenguaje y la vida*. Buenos Aires: Losada, 1941 [1913].
- BARRENECHEA, A. M. Amado Alonso en el Instituto de Filología de la Argentina. *CAUCE. Revista de Filología y su didáctica*, n. 18-19, p. 95-106, 1995-1996.
- BATTISTA, E.; SOFÍA, E. Los proyectos editoriales de Amado Alonso como director del Instituto de Filología a partir de una serie de cartas (1930-1949) enviadas a Charles Bally. *Res Diachronicae*, v. 15, p. 2-13, 2017.
- BENVENISTE, É. *Problemas de lingüística general I*. México: Siglo XXI, 1997 [1966].
- BENVENISTE, É. *Problemas de lingüística general II*. México: Siglo XXI, 1999 [1974].
- CATALÁN, D. *La escuela lingüística española y su concepción del lenguaje*. Madrid: Gredos, 1955.
- CIAPUSCIO, G. Filología y lingüística en los primeros tiempos del Instituto. In: FUNES, L. (Coord.). *Hispanismos del mundo*. Debates y diálogos en (y desde) el Sur. Buenos Aires: Miño y Dávila, 2016. p. 259-272.
- COSERIU, E. *La geografía lingüística*. Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán, 1961 [1955].
- COSERIU, E. *Tradición y novedad en la ciencia del lenguaje*. Madrid: Ed. Gredos, 1972 [1953].
- CROCE, B. *Estética como ciencia de la expresión y lingüística general*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1969 [1902].
- DE MAURO, T. *Ferdinand de Saussure: Corso di linguistica generale*. Bari: Laterza, 1967.
- DI TULLIO, Á. La lingüística en la Argentina. Una ojeada retrospectiva. *Hispanic Issues Online*, v. 2, p. 131-142, 2007.
- ECHENIQUE ELIZONDO, M. T. Influencia y recepción de la filología hispánica de los países de lengua alemana (1859–1994). In: HAENSCH, G., COSME, A. M (Eds.). *Las aportaciones del hispanismo alemán y su recepción en España*. Madrid: Instituto Cervantes, 1996. p. 33-46.
- ENGLER, R. The making of the Cours de Linguistique générale. In: SANDERS, C. (Ed.). *The Cambridge Companion to Saussure*. Cambridge: Cambridge University Press, 2004. p. 47-58.
- FRYBA, A-M.; SOFÍA, E. Cent ans de philologie Saussurienne III. Albert Riedlinger (1883-1978) et sa «collaboration» avec les éditeurs. *Cahiers Ferdinand de Saussure*, v. 70, p. 175-195, 2017.
- GILLIÉRON, J. *Atlas linguistique de la France*. Paris: Champion, 1902.

- GUITARTE, G. La amistad entre Amado Alonso y Roman Jakobson. *CAUCE, Revista de Filología y su didáctica*, n. 18-19, p. 111-135, 1995-1996.
- GUITARTE, G. La obra de Amado Alonso en América. In: MARTÍNEZ MARÍN, J. (Coord.). *Recordando a Amado Alonso y Salvador Fernández Ramírez*. Granada: Universidad de Granada, 1998. p. 11-24.
- IORDAN, I. *Lingüística románica*. Madrid: Ediciones Alcala, 1967.
- JOSEPH, J. E. *Saussure*. Oxford: Oxford University Press, 2012.
- KOERNER, E. F. K. *Ferdinand de Saussure*. Génesis y evolución de su pensamiento en el marco de la lingüística occidental. Contribución a la historia y a la teoría lingüística. Madrid: Gredos, 1982 [1973].
- KOERNER, E. F. K. *Practicing Linguistic Historiography*. Selected Essays. Amsterdam: University of Ottawa, 1989.
- KOVACCI, O. *Tendencias actuales de la gramática*. Buenos Aires: Marymar, 1977 [1967].
- LEROY, M. *Las grandes corrientes de la lingüística*. México: Fondo de Cultura Económica, 1969 [1963].
- LIDA, M. *Amado Alonso en la Argentina*. Una historia global del Instituto de Filología (1927-1946). Quilmes: Universidad Nacional de Quilmes, 2019.
- LIDA, M. *Años dorados de la cultura argentina*. Los hermanos María Rosa y Raimundo Lida y el Instituto de Filología antes del peronismo. Buenos Aires: EUDEBA, 2014.
- LÓPEZ SÁNCHEZ, J. M. *Heterodoxos españoles*. Madrid: Marcial Pons, 2006.
- MALMBERG, B. *Los nuevos caminos de la lingüística*. México: Siglo XXI, 1967 [1959].
- MARTINET, A. Lingüística estructural. In: BUCA, S. (Comp.). *Cuatro artículos de lingüística estructural*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 1962. p. 9-30.
- MARTÍNEZ GRAMOUGLIA, P. In Search of an 'Argentine Phylology': The Instituto de Filología at the Universidad de Buenos Aires, 1923-1929. *Philological Encounters*, v. 3, p. 34-66, 2018.
- MENÉNDEZ PIDAL, R. *Orígenes del español: estado lingüístico de la península ibérica hasta el siglo XI*. Madrid: Espasa-Calpe, 1972 [1926].
- MOUNIN, G. *La lingüística del siglo XX*. Madrid: Ed. Gredos, 1976 [1972].
- NORRIS, C. Saussure, linguistic theory and philosophy of science. In: SANDERS, C. (Ed.). *The Cambridge Companion to Saussure*. Cambridge: Cambridge University Press, 2004. p. 219-239.
- PORTOLÉS, J. Amado Alonso lingüista, cien años todavía jóvenes. *Ínsula*, n. 599, p. 16-17, 1996.
- PORTOLÉS, J. *Medio siglo de filología española (1896-1952)*. Positivismo e idealismo. Madrid: Cátedra, 1986.
- ROBINS, R. H. *Breve historia de la lingüística*. Madrid: Editorial Paraninfo, 1992 [1967].
- ROMANOS, M. El Instituto de Filología "Dr. Amado Alonso" en sus noventa años. *Ínsula*, n. 793-794, p. 38-42, 2013.
- SAUSSURE, F. de. *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Losada, 1945 [1916].

- SAUSSURE, F. de. *Escritos de lingüística general*. Edição de BOUQUET, S.; ENGLER, R. Madrid: Ed. Gredos, 2002.
- SAUSSURE, F. de. *Phonétique. Il manoscritto di Harvard Houghton Library bMS FR 266 (8)*. Edição de Marchese, M. P. Padova: Unipress, 1995.
- SCHMIDT, J. *Die Verwandtschaftsverhältnisse der indogermanischen Sprachen*. Weimar: Hermann Böhlau, 1872.
- SOFÍA, E. Cent ans de philologie Saussurienne II. *Cahiers Ferdinand de Saussure*, n. 69, p. 245-252, 2016b.
- SOFÍA, E. Cent ans de philologie Saussurienne. Lettres échangées entre Ch. Bally et A. Sechehaye en vue de l'édition du Cours de linguistique générale. *Cahiers Ferdinand de Saussure*, n. 66, p. 181-197, 2013.
- SOFÍA, E. *Le problème de la définition des entités linguistiques chez Ferdinand de Saussure*. 2009. 524 f. Tese (Doutorado em Línguas e Letras) – Université de Paris Ouest Nanterre La Défense, Académie Louvain, Paris, 2009.
- SOFÍA, E. Quelle est la date exacte de publication du CLG?. *Cahiers Ferdinand de Saussure*, n. 69, p. 9-16, 2016a.
- SOFÍA, E.; SWIGGERS, P. Le CLG à travers le prisme de ses (premières) réceptions. *Cahiers Ferdinand de Saussure*, n. 69, p. 29-36, 2016.
- THIBAUT, P. J. *Re-reading Saussure. The Dynamics of Signs in Social Life*. London/New York: Routledge, 1997.
- TOSCANO Y GARCÍA, G. E. Materiales para una historia del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires (1920-1926). *Revista Internacional de Lingüística Iberoamericana*, v. 7, n. 1(13), p. 113-135, 2009.
- TOSCANO Y GARCÍA, G. E. Materiales para una historia del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires (1927-1946). *Filología*, n. 45, p. 143-172, 2013.
- VOSSLER, K. *El lenguaje como creación y evolución*. Madrid/Buenos Aires: Poblet, 1929 [1905].
- VOSSLER, K. *Filosofía del lenguaje*. Buenos Aires: Losada, 1923 [1978].
- VOSSLER, K. *Positivismo e idealismo en la lingüística*. Madrid/Buenos Aires: Poblet, 1929 [1904].
- WEBER DE KURLAT, F. Para la historia del Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas "Amado Alonso". In: WEBER DE KURLAT, F. et al. (Coord.). *Homenaje al Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas "Amado Alonso"*. Buenos Aires: Artes Gráficas Bartolomé U. Chiesino S.A, 1975. p. 1-11.

Recebido em: 17/05/2023.

Aceito em: 08/07/2023.